



Escultura *Staircase to Heaven*, de Strijdom van der Merwe. mymodernmet.com

La cuesta empinada

El proyecto de independencia política no estará completado sin antes alcanzarse la plena soberanía y desarrollo económicos

Por **TONI PRADAS**

IMPERTURBABLE, movía su habano: “Cuba se podía transformar en un ejemplo puramente económico, digamos”, meditó el Che Guevara en agosto de 1964 durante una entrevista que le concediera al periodista Eduardo Galeano.

“Una especie de vitrina del socialismo”, acotó el uruguayo.

“Una vitrina. Esa sería una fórmula que hasta cierto punto garantizaría a Cuba, pero que la divorciaría de la revolución latinoamericana. No somos vitrina”, respondió el comandante cubano-argentino. Un minuto antes explicaba a su interlocutor que, por el solo y simple hecho de estar viva, no es un ejemplo. Lo era, eso sí, “del modo como la revolución encara las relaciones con los Estados Unidos y el espíritu de lucha contra los Estados Unidos”.

El Che, sin rodeos, defendía la necesidad de crear una alternativa económica respecto a la dependencia imperial no solo en Cuba, sino en el Tercer Mundo.

Mas se equivocaba en una cosa: creía, sostuvo de un tirón en esa entrevista, que el peor período del bloqueo ya había pasado. No tuvo tiempo de ver cuán grave y global se convertiría esa herramienta imperial, así como no pudo constatar cuánta resistencia podría hacerle nuestro país a esa guerra económica. Tal vez por ello, por el

solo y simple hecho de estar viva en el año 2024, la Revolución cubana sí se erige como un ejemplo para muchos otros pueblos.

Curiosamente, aquella conversación no vio la luz en Cuba hasta 2012, cuando fue publicada por la revista **Casa de las Américas** en su número 266, correspondiente a la edición de enero-marzo de ese año.

Apenas cotejadas las cuartillas, tras ser presionadas por su máquina de escribir, Galeano envió copia de su texto al equipo editorial de la revista **Pensamiento Crítico**, pero no salió publicado entonces. Sí ocurrió en Roma, en el semanario **Mondo Nuovo**, y en Montevideo, en el diario **Época**, a principios de octubre de 1964. Tres años después pasó por las rotativas del **Monthly Review**, de Nueva York, y del semanario **Marcha**, de Montevideo, la trinchera periodística más consistente que tuvo el destacado escritor e intelectual latinoamericano.

Ernesto Guevara fue, a partir del triunfo de la Revolución, uno de los primeros y más influyentes estrategas de la economía cubana. Sin embargo, su pensamiento económico no fue profundamente conocido y debatido durante años. En algunos asuntos particulares resultó, incluso, silenciado, probablemente para mantenerse la cordialidad con algunos autores de

teorías supuestamente socialistas basadas en experiencias foráneas, muchas de estas copiadas indiscriminadamente y fuertemente criticadas por el entonces joven nombrado ministro de Industria en 1961 y de vocación internacionalista desde muchos años antes.

Para el Che, el socialismo no era un espacio para consumistas hedonistas, pero, en verdad, no existe una letra suya que se oponga a la existencia del consumo y el mercado. El altruismo de su arquetípico hombre nuevo no tenía por qué andar a la greña con la dignificación que provee el bienestar material.

Y antes que escudar las imperfecciones del país anteponiendo por causa el bloqueo, probado manantial de desgracias, vio en la burocracia una fuente más nociva para la ocurrencia de cualquier desatención e injusticia, al tiempo que apostó por la producción y la racionalidad como motor del despegue económico.

la propiedad de la tierra a favor de quienes la trabajaban. Ciertamente, fue reclamada y pensada antes durante medio siglo, pero siempre frustrada por timos o por la propia estructura del capitalismo subdesarrollado.

Por si fuera poco, el ocioso latifundio, mayoritariamente de propietarios estadounidenses, había largamente convivido en maridaje con la monoproducción. Los mejores esplendores que la fabricación de azúcar pudo haberle dado al país –siempre, acótese bien, a merced del mercado foráneo– no fueron suficientes para convertir la economía en desarrollada e independiente, por más que algunos nostálgicos del pasado se esfuerzan hoy en demostrar como modélico aquel sistema. Era Cuba, como diplomáticamente le llamó el economista y político Carlos Rafael Rodríguez, un país semicolonial.

Con la firma de la Ley de Reforma Agraria, el 17 de mayo de 1959, la sociedad cubana comen-

zó a profundizar la división entre partidarios y detractores de la Revolución. A partir de la segunda mitad de ese año, empezaron los actos contrarrevolucionarios violentos y en marzo de 1960, con la explosión del vapor *La Coubre*, se hizo evidente el conflicto con Estados Unidos. La independencia política, dijo el Che en algún momento, no es tal si no se alcanza la independencia económica. Era igualmente de esperarse que le sucediera a la redistribución de la tierra, un tren de sucesivas nacionalizaciones de grandes empresas monopólicas que, en su mayoría, hacían extranjeros los recursos del país e impedían que la nación sacara la cabeza del pantano del subdesarrollo.

De tal suerte, mientras la reforma en la propiedad de la tierra se convirtió en el más importante símbolo

de reivindicación de la justicia social, la industrialización del país, ahora posible gracias a la socialización de la propiedad de los medios de producción, se convirtió en la primera doctrina económica de la Revolución.

Caminando con pies propios

Después de la crisis de los años 30, varios países de América Latina –Cuba entre estos– habían concluido que la manera de erradicar la dependencia de los capitales foráneos era, precisamente, alcanzando la industrialización nacional y el rompimiento con el monoproduccionismo.

En la isla antillana, recordemos, la filosofía de “sin azúcar no hay país” –frase atribuida al senador y hacendado José Manuel Casanova, conocido como “El zar del azúcar”– se esgrimió



El Che Guevara se inscribe como uno de los primeros pensadores del desarrollo económico socialista cubano.

ELLIOTT ERWITT/Magnum Photos

La fórmula parece sencilla: Si en sus análisis los costos le valoraban la eficiencia productiva, los precios le indicaban el impacto social de ese proceso económico, ¿cómo la chapucería –se preguntaría hoy– logró hacerse un lugar casi común, si en tantos encuentros con obreros y empresarios invitaba a pensar en la mejor calidad posible de los productos y servicios como axioma de respeto al pueblo, razón de ser de la transformación en curso?

Así nacieron los principios –llamémosles éticos– de la política económica de la nueva República, en tándem con los ideales de justicia social que previamente impulsó a un grupo de jóvenes a subir las crestas de la Sierra Maestra.

No en balde, la primera medida económica importante fue la firma de una ley que reacomodaba



Un fuerte proceso de mecanización agrícola marcó la humanización y mayor eficiencia de las labores agrícolas, en particular el corte de caña de azúcar.

Archivo de BOHEMIA

ante cada intento de diversificar el concierto de industrias y, por ende, las fuentes principales de ingresos de la República.

Para los cubanos, la caña era el principal cultivo; la plantación del robusto tallo, el gran latifundio perlado con cientos de bateyes en todas las provincias; la zafra azucarera, la mayor fuente de empleo; y la exportación del dulce grano cristalino, la más importante materia prima exportable, aunque sin mucho valor agregado, y casi el único garante del suero de divisas que se transfundía a la nación.

En consecuencia, la producción azucarera condicionó la cultura e idiosincrasia cubanas, además de ser, en la concepción romántica y patriótica, la cuna de las revoluciones independentistas del país. Tantear nuevas oportunidades parecía toda una herejía.

En un nuevo intento por emancipar la economía con luces puestas hacia el desarrollo, los primeros esfuerzos estuvieron encaminados hacia la mecanización de las labores agrícolas, en particular el corte de caña, una bandera enarbolada para liberar de la explotación física

al obrero agrícola y conseguir que los procesos resultaran más eficientes.

En busca de igual eficiencia y productividad, en muchas otras actividades se experimentaron transformaciones tecnológicas, las cuales permitieron incrementar los volúmenes de producción. Es el caso de la mecanización obrada en la ganadería y en otros rubros alimentarios, que permitió gradualmente la autosuficiencia de algunos suministros, si bien nunca se alcanzó la ansiada soberanía para la mesa del cubano.

Paralelamente, decenas de fábricas ya existentes se modernizaron y se crearon otras. Sus resultados permitieron sustituir importaciones o garantizar nuevos programas sociales, como fue la construcción de viviendas y nuevas infraestructuras. Con una mirada que tentaba al futuro, se fundaron centros de investigaciones y universidades, enfocados todos en dar respuestas a las necesidades de la economía nacional y del desarrollo social que clamaba el sistema socialista en ciernes.

“El porvenir del país está ligado directamente al desarrollo de la ciencia y la técnica”, sentenció el Che en el discurso de clausura de la primera asamblea de producción de la Gran Habana, el 24 de septiembre de 1961. “Nunca podremos caminar con nuestros propios pies mientras no tengamos una tecnología avanzada, basada en una técnica propia, en una ciencia propia. Por ello, la tarea de crear técnicos es importantísima”.

Asimismo, meses antes había advertido durante una conferencia del ciclo Economía y Planificación, de la Universidad Popular, el 30 de abril de 1961: “Hay que tener claridad de las metas, a dónde se quiere llegar, por qué medios y qué velocidad se piensa emplear para llegar”.



La ciencia y la tecnología se pusieron en función de la producción de alimentos. Sin embargo, la seguridad alimentaria es una deuda aún pendiente. Archivo de BOHEMIA

Quedaban, así, definidos horcones de la doctrina de desarrollo de la nación en revolución. Y, en gran medida, el Che se erigió como un arquitecto de la nueva filosofía autóctona, con base en las primeras ideas de transformación esbozadas en el Programa del Moncada. La nueva arquitectura guevariana delineó las directrices para principalmente consolidar la independencia y la prosperidad, la redistribución inmediata de ingresos a favor de las clases trabajadoras y la desaparición de las relaciones de producción capitalistas.

Antes que construir una vitrina de falso bienestar, el nuevo Gobierno se propuso instaurar un sistema económico marcadamente liberador, diversificado y moderno, socialmente equitativo y de crecimiento ascendente y sostenible.

Empero, tales aspiraciones se han mostrado muchas veces vulnerables ante el impacto de agresiones enemigas, errores propios y la imprevisión de numerosos avatares. Por otro lado, el voluntarismo y el productivismo; la extrema verticalidad de la estructura organizacional que entorpece su propia operatividad; la autocomplacencia y el triunfalismo; la comodidad antiética que ofrece la mentalidad importadora, el derroche y el descontrol; y el asomo de la oreja peluda de la corrupción cuando todo lo anterior se exagera, son algunos factores que han conllevado a adoptar no pocas respuestas desacertadas ante los contratiempos.

Haciendo factura 65 años después, puede afirmarse que el camino zigzagueante o el avance sin paso firme, impuestos o autoimpuestos, demuestran que la revolución en la economía debe ser continua y en todo su espectro, así como necesariamente creativa e innovadora.

Para desmontar el teorema

“Consumir lo que el país produce es hacer patria”. Esta fue la primera campaña económica de la Revolución, que favoreció ampliamente a la industria no azucarera del país. El eslogan fue la más visible de entre un grupo de acciones que conformaron el primer bosquejo de programa de desarrollo, expuesto por Fidel el 16 de febrero de 1959, al asumir el cargo de primer ministro.

También anunciaba la expansión de la reforma agraria –ya comentada en este texto– que iniciara su ejecución en la Sierra Maestra, una fuerte inversión monetaria destinada a edificar viviendas e industrias, la fundación de la marina mercante, la creación de nuevos empleos y la elevación del nivel de vida del pueblo, propósitos que remarcen el perfil transformador entre 1959 y 1960.

Para los teóricos, este corto período y sus consumaciones marcan el inicio de una posterior estrategia de desarrollo más compleja.

Pasadas seis décadas y media, pueden vislumbrarse otros momentos conceptuales que



Desde muy temprano, la investigación científica se convirtió en un objetivo de primer orden para la Revolución, con vistas a conseguir la soberanía tecnológica del país. YASSET LLERENA ALFONSO

cambiaron la cualidad del encrespado camino hacia el desarrollo. Sin embargo, no pueden verse delimitados por una fecha. Más bien, coexisten solapados en su ejecución con diferentes ritmos y con cambios en el protagonismo sectorial.

Hablamos, en primer lugar, de esa etapa en que, a partir de los años iniciales, se emprendió el camino de la diversificación industrial y las exportaciones, la mecanización en muchos procesos y el uso de la técnica en las producciones.

La creciente industrialización marcó la pauta del desarrollo económico y, en consecuencia, del social. De tal suerte, la ampliación y perfeccionamiento de los servicios de atención a la salud, así como el auge inversionista y la garantía de oportunidades en todos los niveles educativos, hicieron que estos dos renglones gradualmente se privilegiaran como los signos distintivos de la Revolución, no solo por su gratuidad y universalidad, sino también por la calidad científica.

La dirección del país y gran parte de la ciudadanía se tomaron muy en serio la temprana visión fidelista del futuro, necesariamente de hombres y mujeres de ciencia. Así, la década de 1960 testimonia el surgimiento de dos cauces para la innovación, un fuego que obtuvo su plasma gracias a alcanzarse la alfabetización de prácticamente toda la población y el sucesivo y constante ascenso de los niveles de instrucción.

Uno de estos dos afluentes incubó, en los nuevos centros de investigación creados, el

salto hacia novedosos y más complejos proyectos científicos que buscaban darles soluciones a grandes desafíos de la economía. Esta espiral de conocimiento permitió encumbrar la profesionalidad de muchos expertos y desatar desde sí, como naves madre que liberan a otras exploradoras, la creación de nuevos centros especializados.

Paralelamente, amplios movimientos juveniles, sindicales y políticos promovieron la participación de decenas de miles de trabajadores en la búsqueda de innovaciones, racionalizaciones tecnológicas y producciones de piezas y partes medulares urgidas de recambio. La inteligencia popular, tradicionalmente acallada, llegó a lo más alto y fue muchas veces decisiva para sustituir sensibles importaciones y hasta para vencer la asfixia provocada por el creciente bloqueo que impedía comprar un artículo de repuesto.

Por eso cuesta ver por rachas y lamentablemente hasta por períodos más largos, que desfallecen esos empeños populares. Y duele más cuando los intentos de revitalización ocurren articulando viejos métodos, no pocas veces los mismos mellados que hicieron languidecer aquellos entusiasmos creadores.

Diría un cuento de hadas: Había una vez un país que mucho creció, al punto que pudo apostar por las tecnologías de punta y por la exportación de servicios de alto valor agregado.

De la mano de la colaboración y la solidaridad, la prestación de servicios médicos y

otros profesionales han marcado el pulso de la nueva economía cubana, afanada en conseguir vencer la más empinada cuesta que se ha propuesto la Revolución. Este rubro, así, se convirtió en la segunda fuente de ingresos nacionales más importante, relegando a otras industrias productoras de materias primas y mercancías con escaso valor agregado.

Este renglón exportador solo ha sido superado en las últimas décadas por la prestación de otro servicio especializado, el turístico. Si bien es una industria de rápida recuperación de las inversiones, ha demostrado ser bastante vulnerable. No solo depende de favorables condiciones naturales –aunque en Cuba suelen ser bastante constantes, por cierto–, sino también de la estabilidad internacional. Poco o nada pueden hacer los estrategas para evitar una pandemia, por ejemplo.

Repensemos –porque conseguir la plena independencia económica es el objetivo final– que si la renta azucarera cubana consiguió un período de “vacas gordas” durante la I Guerra Mundial, gracias a la subida de los precios en la bolsa, para la industria del ocio el impacto es diametralmente opuesto, pues inmediatamente se resiente, como efecto mariposa, con las crisis y las zozobras asociadas a lejanas conflagraciones internacionales.

Por cuanto las condiciones de base están creadas, por cómo el prestigio científico está ganado y demostrado en el mundo, porque



Los servicios turísticos, en auge desde la segunda mitad de la década de 1980, se convirtieron en la locomotora de la economía cubana tras la debacle del socialismo del este de Europa.

YASSET LLERENA ALFONSO



La industria médico-farmacéutica cubana, con tecnología de punta, es base para la construcción de una economía del conocimiento.

YASSET LLERENA ALFONSO

nuevas condiciones geopolíticas internacionales parecen favorecer la exploración de nuevos derroteros..., hoy el desafío de la Revolución es construir un nuevo esquema de desarrollo estratégicamente sustentado en la industria del conocimiento, sin abandonar, claro está, la consolidación de la economía de los servicios y el propósito de industrialización.

Para entender cómo podría cristalizar la nueva estrategia, sirva mencionarse el nuevo rumbo adoptado desde 1986, con la inauguración del Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología (CIGB), especializado en una ciencia prácticamente reservada solo a naciones con altos estándares de desarrollo. Al CIGB le siguieron otras nuevas instituciones generadoras de innovaciones y patentes que, unidos a numerosos institutos creados con anterioridad, permiten hablar hoy de una plataforma de conocimiento con potencialidad ilimitada.

También la creación, en 2002, de la Universidad de Ciencias Informáticas (UCI), permite pensarla como un pilar de la nueva estrategia de desarrollo nacional. La UCI, unida las posibilidades que ofrecen otros institutos y universidades vinculados a esas tecnologías, invita a creer en un progreso ilimitado del conocimiento.

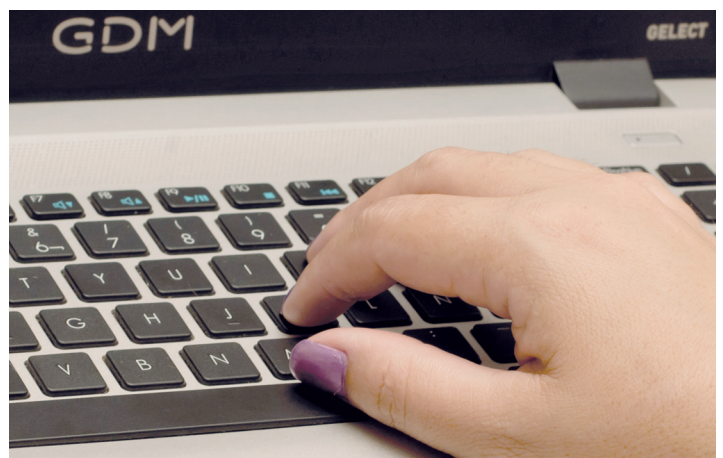
Más los niveles de digitalización alcanzados hasta ahora apenas son esperanzadores, aunque es notorio su proceso inversionista, para imaginar a Cuba como un emporio informático y de telecomunicaciones. La producción de medicamentos, por su parte, no satisface en estos momentos la demanda que permite visibilizarse mediante la democrática atención sanitaria. La anhelada soberanía alimentaria –demostrada la necesidad de alcanzarse como nunca antes–, sigue siendo un sueño incumplido.

La Revolución tiene el reto de revertir muchísimos problemas que, vistos aritméticamente, son la acumulación exponencial derivada de la sumatoria del impacto negativo de bloqueo y los errores y desfases del esquema sistémico de la economía nacional, a tenor con las realidades circundantes.

Más lo anterior es un teorema que puede desmontarse en el pizarrón de los estrategas con un poco de inteligencia y, desde luego, mucho trabajo. La construcción del socialismo es, eso sí, una obra que no posee manual de instrucciones, así que es preciso dinamizar sus análisis. Tampoco es un producto que incluye en su envoltorio una fecha de caducidad predicha; solo expira si no se cuida o si se le suministra la energía inadecuada.

Es que la necesidad de su práctica por los pueblos se sostiene, ante todo, por su vocación humanista y emancipadora. Ninguna fórmula economicista pura puede garantizar su continuidad si no incluye al pueblo, por mucho que puedan sanearse los números de la macroeconomía con un mecanicista plumazo.

Mejor lo explicó Galeano en uno de sus escritos: “La Revolución cubana, obra de este mundo, está sucia de barro humano, y justamente por eso, y no a pesar de eso, sigue siendo contagiosa”.



El desarrollo de la informática y las telecomunicaciones pueden convertir a la isla en una plaza de fuerte desarrollo digital.

YASSET LLERENA ALFONSO